

Capítulo 3

Chapter 3

Imaginarios nacionales y extractivismo en América Latina: El caso del petróleo en México

National imaginaries and extractivism in Latin America: The case of oil in Mexico

Josafat Morales Rubio*

<https://orcid.org/0000-0002-3000-6668>

Introducción

Desde la época Colonial hasta la actualidad, América Latina ha sido fuente de materias primas para los países industrializados, situación que le ha colocado en un lugar específico del sistema-mundo moderno (Wallerstein, 2004). De acuerdo con la teoría de Wallerstein, el actual orden mundial, capitalista, surgió en el siglo XVI en Europa y América, expandiéndose posteriormente al resto del planeta. En lo político, dicho sistema-mundo no surgió con una estructura política unitaria, sino como un sistema interestatal conectado a través del intercambio de bienes básicos, capital y trabajo. Dichas estructuras políticas, fueron centralizando la toma de decisiones a través del crecimiento de la burocracia, primero al servicio de un monarca absoluto, después del

* Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP).
Puebla, México.

✉ josafatraul.morales@upaep.mx

Cita este capítulo

Morales Rubio, J. (2020). Imaginarios nacionales y extractivismo en América Latina: El caso del petróleo en México. En: Morales Rubio, J. y Muñoz Balcázar, K. G. (eds. científicos). *Imaginarios sociales. Cuatro aproximaciones desde las identidades y los espacios* (pp. 61-78). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Estado-Nación. Por esos mismos años, surge la teoría política moderna, de la mano de Nicolás Maquiavelo, misma que se irá desarrollando hasta alcanzar las principales teorías del Estado moderno en el siglo XIX.

En el terreno económico, el intercambio al que hacíamos alusión se estableció a través de una división del trabajo entre el centro, la Europa capitalista, y la periferia, la América recientemente descubierta. En dicha división, al continente americano le correspondió proveer de materias primas y a Europa de los capitales y el consumo. De acuerdo con Aníbal Quijano (2000), “el capitalismo como sistema de relaciones de producción, esto es, el heterogéneo engranaje de todas las formas de control del trabajo y de sus productos bajo el dominio del capital, en que de allí en adelante consistió la economía mundial y su mercado, se constituyó en la historia sólo con la emergencia de América” (p. 220). En pocas palabras, podemos decir que el capitalismo desarrollado en el mundo occidental a partir del siglo XVI se dio, en buena medida, gracias a las materias primas que salieron de América rumbo a España y Portugal, las metrópolis coloniales, y que posteriormente fueron transferidas a los países del norte del continente europeo en donde facilitaron la acumulación de capitales.

En este sentido, el surgimiento del Estado moderno se da al mismo tiempo que la división del trabajo entre el centro y la periferia entrega a América la función de generar materias primas que sustenten el modelo capitalista. En respuesta a esta necesidad, las diversas regiones del vasto imperio español, así como las regiones de Brasil para el caso portugués, iniciarán un proceso de especialización en aquellos productos que, debido a su existencia o su posible producción, van a ser entregados al sistema-mundo. Oro, plata, café, azúcar, algodón o frutas tropicales, por citar solo algunos ejemplos, van a ser productos que marcarán la economía e incluso las relaciones sociales de las zonas en que se producen.

Una vez convertidas dichas regiones en países independientes, la especialización y el monocultivo, o monoproducción, se va a hacer evidente. Para quienes seguían las teorías económicas más liberales, como la de David Ricardo, la especialización sería lo que permitiría el desarrollo de los países recientemente independizados, y si bien a corto

plazo esto permitió la acumulación de importantes fortunas en manos de una pequeña élite, la falta de diversificación generó una suerte de dependencia a dichos productos, siempre a merced de los precios internacionales, establecidos por los países consumidores.

Además de dicha situación de dependencia económica, en los países de la región se estableció una relación especial entre algunos de los productos de exportación y las propias naciones que exceden el simple vínculo de la importancia macroeconómica. La fragmentación de América Latina, impulsada en buena medida por los intereses económicos ingleses, permitió que cada país viera de manera especial cierto producto que le daba presencia en el mercado internacional. Esta relación, que como decíamos se establece desde el momento mismo del surgimiento de las naciones Latinoamericanas, sigue presente en el subcontinente hasta nuestros días, como podremos constatar con el caso del petróleo en México.

América Latina y extractivismo

De acuerdo con Eduardo Galeano (2015), “desde la etapa de los metales al posterior suministro de alimentos, cada región [de América Latina] se identificó con lo que produjo, y produjo lo que de ella se esperaba en Europa: cada producto cargado en las bodegas de los galeones que surcaban el océano, se convirtió en una vocación y en un destino” (p. 48). Como ya decíamos, la producción en cada zona marcaría no sólo su desarrollo económico, sino también las relaciones sociales que se daban en dichas zonas. La población local se identificó con el producto que exportaba, y su vida se vio marcada por sus éxitos o fracasos. Ya como países independientes, las naciones del subcontinente tendrían que lidiar con este problema. En palabras de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (2002):

Desde el momento en que se plantea como objetivo instaurar una nación –como el caso de las luchas anticolonialistas– el centro político de la acción de las fuerzas sociales intenta ganar cierta autonomía al sobreponerse a la situación del mercado; las vinculaciones económicas, sin embargo, continúan siendo definidas objetivamente en función

del mercado externo y limitan las posibilidades de decisión y acción autónomas. [...]

La situación de “subdesarrollo nacional” supone un modo de ser que a la vez depende de vinculaciones de subordinación al exterior y de la reorientación del comportamiento social, político y económico en función de “intereses nacionales” (p. 29).

En otras palabras, la dependencia económica del extranjero obligó a los países de la región a continuar con la producción de los productos que podríamos llamar coloniales, es decir aquellos que históricamente se producirán en sus territorios. La relativa independencia política de los países de la región, dependería entonces ya no de la metrópoli, sino de los mercados de consumo en el norte de Europa, y posteriormente en Estados Unidos.

Muchos son los ejemplos que de esto se pueden dar. El azúcar en el nordeste de Brasil y Cuba fueron determinantes para la economía de ambos. Mientras los precios internacionales fueron altos, el desarrollo económico llegaría a las zonas azucareras, al tiempo que, cuando estos caían, las poblaciones locales sufrirían escasez de alimentos a pesar de los suelos tan fértiles en los que vivían. El café es otro buen ejemplo en la agricultura. Traído desde África, se convirtió rápidamente en un producto importante de exportación para Brasil, El Salvador, Guatemala, Costa Rica y, por supuesto, Colombia. Durante la primera mitad del siglo XIX, el café representaba únicamente el 4% de las exportaciones colombianas. Sin embargo, a partir de 1860 inició un proceso de crecimiento de la producción que, de la mano al aumento en los precios internacionales, haría de la producción de dicho grano uno de los principales negocios para el país andino. A finales de dicho siglo, sin embargo, la caída de los precios internacionales y la Guerra de los Mil Días afectaría gravemente las exportaciones cafetaleras, creando una severa crisis económica. Pasado el conflicto, y con la recuperación gradual de los precios internacionales a principios del siglo XX, el café representaría el 75.5% de las exportaciones colombianas entre 1920 y 1924 (Ocampo y Botero, 2003, p. 102). Tal es la relación entre la producción de café y la población colombiana que se dice que “en Antioquia, la curva de matrimonio responde ágilmente a la curva de los

precios del café.” (Galeano, 2015, p. 135). Sin duda, era difícil separar la vida de la población de dichos productos.

Al igual que la producción agrícola, la extracción de minerales ha marcado la vida de diversas zonas de América Latina. Desde las primeras décadas del siglo XIX, la producción de plata y cobre en Chile sería factor central en la economía de dicho país sudamericano. Ya en el siglo XX, el cobre chileno cobraría tal importancia para el país que en 1971 Salvador Allende le pondría “poncho y espuelas” al nacionalizarlo. A finales del siglo XIX en Bolivia, el oro y la plata de las minas del Potosí, que durante la colonia fueron de importancia decisiva para el Virreinato del Río de la Plata, serían sustituidos por el estaño, “un dios de lata que reina sobre los hombres y las cosas, y está presente en todas partes” (Galeano, 2015, p. 194). En 1879, el salitre, aunado a asuntos de fronteras, llevaría a Chile, Bolivia y Perú a la guerra. Poco a poco, los metales preciosos fueron cediendo su lugar de importancia a los metales industriales y no ferrosos, a medida que el desarrollo industrial iba necesitando más y más de ellos. Aunque los productos fueran variando, la lógica era la misma: la extracción de minerales americanos servía para la industria de los países del norte.

El petróleo en Venezuela y México merece también una mención. La historia de ambos países en el último siglo se ha visto marcada por la producción del llamado oro negro, y aunque los procesos en ambos casos han sido diferentes, es innegable que su impacto ha trascendido a lo puramente macroeconómico. México desarrolló su industria petrolera a principios del siglo XX, llegando a convertirse en uno de los principales exportadores de hidrocarburos en la década de los años veinte. Venezuela, por su parte, tardaría unos años más en desarrollar su industria petrolera, sin embargo, al descubrirse sus grandes reservas, muy rápidamente su economía quedaría completamente petrolizada. Tal es la relación de los hidrocarburos con la población de dicho país que, por citar un ejemplo, Galeano nuevamente nos dice que en la cuenca del lago Maracaibo, la mayor zona petrolífera del mundo, “el petróleo tiñe de negro las calles y las ropas, los alimentos y las paredes, y hasta las profesionales del amor llevan apodos petroleros, tales como ‘La Tubería’ o ‘La Cuatro Válvulas’, ‘La Cabria’ o ‘La Remolcadora’” (Galeano, 2015, p. 215).

Del caso mexicano hablaremos a detalle más adelante.

¿Nacionalismo o imaginarios nacionales?

En el año de 1882 el escritor francés Ernest Renan dictó una conferencia en la Sorbona que buscaba responder a la pregunta ¿qué es una nación? En ella, Renan analiza los diversos elementos que históricamente se habían considerado como parte de la nación: la raza, la lengua, la religión, la comunidad de interés y la geografía, para concluir que, en realidad la nación no era ninguna de ellas, sino “un plebiscito cotidiano, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida”. El argumento del francés estaba enmarcado en un acontecimiento específico, el conflicto entre su país y el recientemente unificado Imperio Alemán sobre los territorios de Alsacia y Lorena, sin embargo, trascendería en el tiempo como una de las principales formas de entender el nacionalismo, el nacionalismo “voluntarista”, enfrentado al “orgánico”. El nacionalismo voluntarista se entiende en países como Francia y Estados Unidos, donde los ciudadanos de manera “libre” eligen unirse en una nación, basados en una ley común. En el caso orgánico, característico de Alemania, la nación depende de cuestiones étnicas, es decir de las características previamente establecidas en las sociedades, como son raza, lengua, religión, etc.

Una segunda concepción que podemos retomar de nacionalismo es la de Anthony D. Smith, quien lo caracteriza como “un movimiento ideológico para alcanzar y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población que algunos de sus miembros consideran constituye una ‘nación’ presente o futura.” (Smith, 2004, p. 23) Así, si partimos de la primera connotación que en el Diccionario de la Lengua Española aparece de ideología, definiéndola como un “conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, un movimiento cultural, religioso o político, etc.” (RAC, 2019), entenderíamos que el nacionalismo es un conjunto de ideas fundamentales que busca alcanzar y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población que se considera una nación.

Si revisamos detenidamente tanto las concepciones cívica y étnica, como la definición de Smith, podemos ver que en ninguna de ellas

encontramos elementos que den un marco conceptual al fenómeno del que hablábamos en la primera parte de este texto. La relación entre el extractivismo y la nación en América Latina no se puede analizar desde ninguna de las teorías modernas, y occidentales, del nacionalismo, pues fueron pensadas para Europa y los Estados Unidos, y no para, y desde, América Latina. La de Renán, como decíamos, surge en medio del conflicto europeo que en buena medida va a determinar la historia del viejo continente a finales del siglo XIX y principios del XX: el enfrentamiento entre Alemania y Francia. El segundo, parte de la noción de ideología, que nuevamente nos remite a los enfrentamientos en la Europa de la primera mitad del siglo XX, así como a la Guerra Fría, entre Estados Unidos y la URSS.

De acuerdo con Boaventura de Sousa Santos, “la experiencia social en todo el mundo es mucho más amplia y variada de lo que la tradición científica o filosófica occidental conoce y considera importante” (De Sousa, 2009, p. 99), por lo cual nos invita a buscar nuevos caminos, las epistemologías del sur, para evitar que ese conocimiento se pierda. Si, como decíamos, la relación entre los productos de extracción en América Latina y las naciones de la región es algo que no se puede interpretar desde las actuales teorías sobre el nacionalismo, quizá valdría la pena buscar nuevas formas de conocimiento que sí le den posibilidad de interpretación. Para el autor portugués, esta nueva interpretación parte del cuestionamiento de la racionalidad occidental pues, “sin una crítica de dicho modelo [...], dominante al menos desde hace dos siglos, todas las propuestas presentadas por el nuevo análisis social, por más alternativas que se juzguen, tenderán a reproducir el mismo efecto de ocultación y descrédito.” (De Sousa, 2009, pp. 99-100). Partiendo de dicha idea, retomaremos ahora el planteamiento de los imaginarios sociales de Cornelius Castoriadis, el cual nos permitirá hacer una propuesta diferente para el análisis del nacionalismo.

De acuerdo con Castoriadis (2013), como bien apunta De Sousa Santos, desde la época de Parménides, la humanidad se ha centrado en algo que llama la “lógica-ontológica heredada”, dejando a un lado la cuestión imaginaria. Así, todos los autores clásicos, desde Platón y Aristóteles hasta Hegel e incluso Marx, han puesto la razón por encima de lo imaginario al tratar de analizar las sociedades humanas. Basados en

esto, su texto *La institución imaginaria de la sociedad*, busca reivindicar el estudio de lo imaginario en los procesos sociales.

Uno de los elementos centrales en la obra de Castoriadis es la relación que existe entre lo histórico y lo social, pues el autor considera que es imposible separar lo uno de lo otro. Así, se plantea el concepto de lo *histórico-social*, que representa la unión de elementos ya constituidos y aquellos que se van constituyendo, por lo que es central conocer lo que pasó en el pasado, pero al mismo tiempo lo que se va construyendo en el presente. Es importante mencionar que es precisamente en lo histórico-social en dónde se manifiesta lo imaginario social (Castoriadis 2013, p. 376).

Ahora, a la pregunta cómo es lo histórico-social, Castoriadis responde con una imagen que también es central en su trabajo: el magma de significaciones. Un magma, de acuerdo con Castoriadis, “es aquello de lo cual se puede extraer (o, en el cual se puede construir) organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstruido (idealmente) por composición conjuntista (finita ni infinita) de esas organizaciones” (Castoriadis, 2013, p. 543). Si se atiende a la imagen del magma volcánico se puede entender lo que el autor quiere decir. No se trata de algo estático, de una “teoría”, sino de una serie de elementos que van surgiendo, que se mezclan entre sí y que forman una masa casi líquida. Pensemos en este sentido en el nacionalismo. Si en lugar de verlo como un “conjunto de ideas fundamentales”, como proponía Smith, lo visualizamos como un magma de significaciones, podríamos pensar que uno de esos elementos sea el azúcar en Brasil, el café en Colombia, el cobre en Chile, o el petróleo en México.

Otro teórico al que podemos recurrir para hablar del imaginario social es el canadiense Charles Taylor. En su libro *Imaginarios sociales modernos*, Taylor nos justifica de la siguiente manera su elección del término “imaginario”: “Adopto el término imaginario 1) porque me refiero concretamente a la forma en que las personas corrientes <<imaginan>> su entorno social, algo que la mayoría de las veces no se expresa en términos teóricos, sino que se manifiesta a través de imágenes, historias y leyendas. [...]” (Taylor, 2006, p. 37). Como Castoriadis, Taylor busca separar los procesos imaginarios de la lógica moderna, para poder

analizar fenómenos que, desde una visión racionalista, no tendrían explicación. Si pensamos en el fenómeno que aquí nos interesa, la relación entre la nación y los productos de extracción en América Latina, resulta complicado encontrar una explicación completamente racional a ésta. Claramente el peso macroeconómico de dichos productos tiene un impacto importante en los países de la región, pero esto no explica que en la cuenca del Lago Maracaibo las servidoras sexuales lleven nombres ligados a la industria petrolera, por recuperar uno de los ejemplos que utilizábamos antes.

En este sentido quisiera retomar la siguiente definición, que previamente, retomando a los dos autores mencionados, había propuesto en otro lado:

Los imaginarios nacionales son la unión de ciertos pensamientos, conceptos, palabras e imágenes tomados por una parte de la sociedad y que les permite la comunicación y realizar prácticas compartidas, dotándolas de sentido y legitimidad. Dichos imaginarios no tienen un sentido teórico-racional, pues se trata de elementos obtenidos de un magma de significaciones. (Morales, 2018, p. 64)

Esta nueva definición difiere de manera importante de lo propuesto por Smith al no buscar presentar el nacionalismo, o en este caso a los imaginarios nacionales, como un conjunto de “ideas fundamentales”, entendidas desde una visión racionalista, sino la unión otros tipos de elementos que juntos pueden permitir la comunicación y la realización de prácticas compartidas. Dicha comunicación y entendimiento mutuo permitiría lo que, para el propio Smith es el objetivo del nacionalismo, es decir mantener la unidad y la identidad de un grupo que puede considerarse una nación. Una ventaja adicional de pensar el nacionalismo como un magma de significación es que no hay una única visión de lo que es la nación, sino que puede ser interpretada por cada uno de los miembros de la comunidad, sin que esto mine la identidad del grupo.

Para que quede más clara la propuesta, quizá lo más útil en este momento sería poner un ejemplo, por lo que a continuación quisiera hablar sobre la forma en que un producto de extracción, el petróleo, se

puede entender dentro de un imaginario nacional latinoamericano, el de México.

El petróleo en el imaginario nacional mexicano

En México el petróleo se encuentra íntimamente ligado al nacionalismo. Dicho producto, que para otros países es solamente un commodity, es considerado por una parte importante de la sociedad mexicana como un elemento propio, como algo que es “de todos los mexicanos”, aunque nunca obtengan ganancias de manera directa por su venta. Dicho sentir no es producto de la mera casualidad, sino del proceso histórico que tiene su momento fundacional en la expropiación petrolera de 1938. Ante esta situación, resulta importante comprender el lugar que tiene el petróleo dentro del imaginario nacional mexicano, pues como decíamos desde otras perspectivas del nacionalismo difícilmente se podría comprender.

Retomando la definición propuesta anteriormente para los imaginarios nacionales, podríamos decir que el imaginario nacional mexicano es precisamente la unión de aquellos elementos que dan sentido a la comunicación y a ciertas prácticas comunes que tendrían los mexicanos. El tequila, los mariachis y el cielito lindo, serían algunos de los elementos que unidos dan sentido a la mexicanidad, que facilitan la comunicación entre los mexicanos y permiten llevar a cabo ciertas prácticas comunes como, por citar un ejemplo, el festejo del día de la Independencia. Por su parte, el petróleo también se encontraría presente dentro de este imaginario, pero contrario a los ejemplos antes citados no es un elemento que salga a relucir en las fiestas, sino que acalora el debate político nacional.

Como ya decíamos, el que el petróleo se encuentre dentro del imaginario nacional mexicano se debe a un importante desarrollo histórico, el cual convendría recordar brevemente. El 18 de marzo de 1938 el presidente Lázaro Cárdenas anunció por radio al pueblo mexicano su decisión de expropiar la industria petrolera, mayoritariamente en manos de empresas extranjeras. Dicha decisión, recibió el apoyo masivo por parte de la población mexicana, e incluso de grupos tradicionalmente opuestos al régimen, como la Iglesia católica y los

jóvenes. Como bien dice el historiador inglés Alan Knight: “Nunca, ni antes ni después, desplegó la nación una solidaridad comparable” (Knight 2001, p. 286) convirtiéndose rápidamente en una fecha para recordar en el calendario cívico nacional. Después de las dificultades iniciales, el petróleo mexicano, manejado de manera exclusiva por el Estado a través de su paraestatal, Petróleos Mexicanos, fue dedicado mayoritariamente para el mercado interno, llegando al grado de considerarse cualquier venta al extranjero como “vender la patria”.

A mediados de los años setenta, la situación cambió. Como consecuencia del embargo de la OPEP, los precios internacionales del petróleo subieron de manera exorbitante, al mismo tiempo que en México se encontraron grandes riquezas petroleras, las sextas en el mundo en ese momento. Así, con grandes reservas de petróleo y precios exorbitantes, el presidente López Portillo aseguró al pueblo de México que su problema a partir de dicho momento sería el aprender a “administrar la abundancia”. Sin embargo, y dado al peso simbólico del petróleo en el imaginario nacional, el gobierno tendría que buscar la manera de convencer a los mexicanos de la conveniencia de regresar al modelo exportador, existente antes de 1938, sin ser tachado de vendepatrias. Para lograrlo, el gobierno caracterizó al petróleo como “palanca del desarrollo”, generadora de otras industrias. Así, el proyecto de Pemex fue elevar la producción de crudo tres veces, de 700 mil a 2.2 millones de barriles diarios para 1982, así como aumentar las exportaciones en 1.1 millones de barriles diarios (Meyer y Morales, 1990, p. 187). Contrario a lo esperado por el gobierno mexicano, el precio internacional del petróleo disminuyó de manera moderada en 1981 y de manera drástica en 1982. Los problemas estructurales de México, ocultos por la bonanza petrolera, aunados a la corrupción existente durante estos gobiernos, llevaron al país a una situación límite, prácticamente a la bancarrota. El petróleo, que antes era sinónimo de bonanza, ahora era signo de crisis.

A la llegada al gobierno del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), se empezaría a utilizar el modelo conocido como neoliberal, el cual “implicaba favorecer los mecanismos de mercado en actividades económicas, reduciendo su participación [del Estado], regulación y tamaño» (Pardo, 2010, p. 82). La campaña de éste se basó en una

‘renovación moral’, puesto que el pueblo mexicano se encontraba cansado de los escándalos de corrupción que rodearon al gobierno de López Portillo. En el caso específico del petróleo, la corrupción era más que evidente, por lo que el gobierno buscó limpiar la imagen de la paraestatal. Pero a pesar del cambio en imagen, la realidad del petróleo en el orden macroeconómico del país ya era inalterable, aunque su función cambió de “palanca de desarrollo” a sustento económico para el pago de la deuda externa. Durante estos años, el petróleo continuó siendo parte esencial de los ingresos de divisas para el país y de recaudación fiscal para el Estado, el cual recibió en 1985 el 70% de sus ingresos de la paraestatal petrolera (Meyer y Morales 1990, p. 228). Así, su lugar dentro del imaginario nacional no pudo variar mucho a pesar de los cambios en el modelo económico que se presentaron en estos años. Es importante comprender que, a pesar de que PEMEX siguió siendo una empresa paraestatal, a diferencia de la mayoría de las empresas paraestatales que en esos años fueron cerradas o vendidas, con la llegada del Neoliberalismo su existencia se tornó sospechosa, por no decir mal vista, para aquellos que se formaron bajo esta ideología. El hecho de que el gobierno, considerado en la época como poco eficiente, mantuviera en su poder una empresa tan grande, hacía que, en la mente de altos funcionarios públicos, portadores de esta nueva ideología, resonaran las sospechas de baja productividad y malos manejos, no sin razón. La idea de privatización de la empresa empezó a correr dentro de algunos funcionarios, aunque, por su peso simbólico en el imaginario nacional, siquiera sugerirlo resultara imposible.

Durante los siguientes años, y en parte gracias al crecimiento sostenido de los precios internacionales del petróleo, la posibilidad de una apertura dentro del sector dejó de ser objetivo de los gobiernos en turno. Finalmente, en 2008, el presidente Felipe Calderón (2006-2012) decidió enviar una iniciativa de ley que permitía la participación de particulares en la industria petrolera, sin embargo, la oposición bloqueó dicha posibilidad. Aunado a esto, la izquierda, encabezada por el posterior presidente de la República, Andrés Manuel López Obrador, organizó diversas marchas y plantones en contra de la reforma, contando con un importante apoyo popular. Sin el apoyo de los partidos políticos y de la población, la propuesta terminó en una

modificación menor que brindó cierta flexibilidad administrativa a la paraestatal, pero sin ningún cambio de fondo.

Cinco años después, el 20 de diciembre de 2013, tras casi cinco meses de discusión en el Congreso, finalmente se aprobó la modificación a los artículos 25, 27 y 28 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, permitiendo así la entrada de capitales privados a la industria petrolera, tras prácticamente 75 años de monopolio estatal. Para poder lograr dicha modificación, el gobierno tuvo que llevar a cabo una costosísima campaña de mercadotecnia, mil 181 millones de pesos (Proceso), en la que el presidente aseguró que su propuesta retomaba “palabra por palabra” el texto constitucional de la época de la expropiación. Si se revista la propuesta de modificación, resulta que, efectivamente, la redacción constitucional es la misma existente en 1938, sin embargo, el espíritu de la reforma era contraria al pensamiento cardenista. El imaginario nacional, como decíamos, se haría presente en la discusión política de ese año.

Finalmente, con la llegada del izquierdista Andrés Manuel López Obrador a la presidencia, el petróleo regresaría al centro de la discusión política, especialmente tras la llamada “lucha contra el huachicol”, es decir el robo de combustible de los ductos de Pemex. El 17 de enero, con el hashtag #RecuperemosLoNuestro, Pemex y la Secretaría de Energía, entre otras entidades y personalidades del gabinete federal, lanzaron en redes sociales la siguiente imagen:



Fuente: Petróleos Mexicanos, Cuenta oficial de Twitter (2019) [Imagen] #RecuperemosLoNuestro. Recuperado de <https://twitter.com/Pemex/status/1085703251289300993>

Para los mexicanos, o por decirlo en nuestros términos, para quienes son partícipes del imaginario nacional mexicano, la imagen no requeriría de ningún tipo de explicación, se entendería simplemente con los elementos que dentro del imaginario nacional se tienen, pero pasemos a hacer la explicación, y con esto reforzar nuestro punto. Al centro encontramos la imagen del presidente Lázaro Cárdenas, aquel que, como ya decíamos, llevó a cabo la expropiación petrolera en 1938. Un poco más abajo, aparece una frase que como decíamos es ya habitual en el país: “el petróleo en México es de todos”. En ese sentido, el hashtag #RecuperemosLoNuestro adquiere su sentido. El planteamiento del gobierno federal es que, con el combate al robo de combustible que está realizando, se recupera aquello que es propio de los mexicanos, el petróleo. Esta imagen, que invita a los ciudadanos del país a cerrar filas en favor de la propuesta del gobierno, apelando así a la unidad del grupo, no podría ser comprendida desde la teoría del nacionalismo de Smith, aunque sin duda es un elemento importante

del imaginario nacional mexicano. Para entenderlo, necesitamos apelar a lo histórico-social, no únicamente a una ideología pensada desde la visión racionalista. El peso que tiene el petróleo, una materia prima de extractivismo, en el nacionalismo mexicano, podemos concluir, no puede ser entendido sino desde una visión diferente, como es la de los imaginarios nacionales.

Palabras finales

La relación que existe actualmente en América Latina y algunos productos de extracción, como el petróleo en México y Venezuela, el cobre en Chile y el café en Colombia, obedece en buena medida al desarrollo histórico de la región, que como decíamos al inicio, obligó a los países recientemente independizados del Imperio Español a ligar sus destinos a productos que eran requeridos por la Europa capitalista. Esta relación, como pudimos apreciar, no puede ser entendida desde una visión tradicional del nacionalismo, como el caso de la propuesta de Ernest Renan o la de Anthony Smith, teóricos importantísimos del nacionalismo. Para lograrlo, debemos buscar generar una teoría desde y para América Latina, siguiendo la propuesta de Boaventura de Sousa Santos. En una época de cambio como en la que estamos viviendo en la actualidad, utilizar como referencia las teorías modernas sobre la nación resulta altamente limitativo, y más si lo analizamos desde la región latinoamericana, razón por la cual aquí se buscó presentar la teoría de los imaginarios nacionales.

A pesar del desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, todavía hace falta crear nuevas teorías que nos permitan comprender los fenómenos sociales que, como la relación entre el nacionalismo y el extractivismo, se presentan en el subcontinente. El primer paso para lograrlo es reconocer aquellos elementos que nos son comunes y socializarlos con otros investigadores sociales de la región. Como dice Manuel Antonio Baeza (2015):

América Latina se nos aparece hasta hoy más como un problema geopolítico que como una oportunidad histórica de construcción de una eventual potencia mundial en los nuevos escenarios de la

<<globalización>>. Esto quiere decir que la vemos mucho más como un paradójico desafío a nuestra propia soberanía, como la amenaza omnipresente de usurpación de energías nacionales que podrían siempre ser utilizadas en otro tipo de proyectos de cooperación o intercambio comercial, dentro y fuera de la espacialidad continental. (pp. 262-263)

Esto interpele directamente a nuestra propuesta. Una ideología nacional no podría comprender las semejanzas existentes entre los países de América Latina, punto de partida para la construcción de una alianza como la propuesta por Baeza. Los imaginarios nacionales, pensados como hemos dicho como magma de significaciones, no sólo lo posibilitan, sino que hacia allá van encaminados.

Referencias bibliográficas

- Baeza, M. A. (2015). *Hacer mundo. Significaciones imaginario-sociales para construir sociedad*. Santiago de Chile: RiL Editores.
- Cardoso F. H. y Faletto, E. (2002). *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI editores, 30ª edición.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. México: Tusquets Editores.
- De Sousa, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. México: CLACSO, Siglo XXI Editores.
- Galeano, E. (2015). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Knight, A. (2001). La última fase de la Revolución: Cárdenas. En T. Anna, J. Bazant, F. Katz, J. Womack, J. Meyer, A. Knight y P. Smith, *Historia de México* (pp. 250-320). Barcelona: Editorial Crítica.
- Meyer, L., Morales, I. (1990). *Petróleo y nación. La política petrolera en México*. México: PEMEX.
- Morales, J. (2018) ¿Se puede pensar el Nacionalismo desde los imaginarios sociales? en *Revista Imaginación o Barbarie*, p.p. 59-66. Universidad de Santo Tomás, Número 11, enero y febrero.
- Ocampo, J. A. y Botero, M. M. (2003). “El café y los orígenes del desarrollo económico moderno en Colombia” en Cárdenas, E; Ocampo, J. A. y Thorp. R. *La era de las exportaciones Latinoamericanas. De fines del siglo XIX a principios del XX*. México: Lecturas, El Trimestre Económico, Fondo de Cultura Económica.
- Pardo, M.C. (2010). El estado mexicano ¿de la intervención a la regulación? en S. Loaeza y J-F. Prud’homme (coord.), *Instituciones y procesos políticos. Los grandes problemas de México*, tomo XIV (pp. 71-119). México: El Colegio de México.

Imaginarios nacionales y extractivismo en América Latina: el caso del petróleo en México

Proceso. (4 de enero, 2016). Gobierno federal gastó mil 181 mdp en promoción de la reforma energética. Proceso online. <http://www.proceso.com.mx/?p=425170>

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en Lander, E. (Ed.) La colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales. Buenos Aires: Clacso.

Smith, A. (2004). Nacionalismo. Madrid, España: Alianza.

Taylor, C. (2006). Imaginarios sociales modernos. Tr. Ramón Vilà Vernis. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Wallerstein, I. (2005). Análisis de sistema-mundo, una introducción. México: Siglo XXI Editores.